



Rev Guatem Cir Vol 18 • 2011

# LOS SUEÑOS Y LAS ILUSIONES DE JUVENTUD...

DR. MARCO ANTONIO PEÑALONZO B. MACCG

Son las 6:30 de la mañana, estoy en mi clínica escuchando música y tratando de meterme en las letras de las canciones de Juan Manuel Serrat. Aún sin quererlo, ni proponérmelo, no puedo evitar regresar en el tiempo y asociar su música con mi época de adolescencia y juventud. El primer sentimiento que me asalta es nostalgia, y la frase de *"caminante no hay camino, se hace camino al andar, y al volver la vista atrás, se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar"*, me parece lapidaria y más cierta que nunca. Tengo 56 años, ya viví más de la mitad de mi vida y me pregunto ¿que he hecho de todo aquello que hace más de 30 años estaba seguro que iba a lograr?. Tristemente, tratando de hacer el balance, ni siquiera puedo recordar con certeza todos mis propósitos y objetivos. Sin embargo; algunos de ellos, sin duda, nunca podré olvidarlos, pues son mis fantasmas perennes.

Aunque parezca banal, mi mayor ilusión siempre fue jugar fútbol en primera división. Para aquellos que crean que el fútbol no es más que un juego, les recomendaría, entre otros, leer algunos cuentos cortos de Mario Benedetti. El fútbol es una pasión, un desahogo, un escape; pero sobre todo, es el deporte que mejor se identifica con nuestros pueblos latinoamericanos, de grandes mayorías desposeídas, en medio de enormes contrastes y diferencias. Es el juego de todos, popular y proletario, que glorifica el esfuerzo conjunto y permite alimentar la ilusión de poder derrotar a cualquier equipo contrario, con lirismos como *"en la cancha no juegan los nombres, sino los hombres"*, frase que ahora también se aplica en marketing y en pláticas motivacionales para empresarios. No pasé de las canchas de tierra de la zona 11, donde cada vacación acabábamos con el par de zapatos de fut y todas las pelotas disponibles. Aparte del partido oficial del domingo, las chamuscas en la calle, principiaban después del desayuno y terminaban con *"el que meta el último gol gana"*, cuando ya no había luz para ver. En esa época, para mí, la semana se dividía en dos; de lunes a miércoles, para repasar mentalmente las

oportunidades de gol que había fallado y de jueves a sábado, pensando en que tenía que hacer por lo menos un gol en el partido del domingo. ¿Porqué no llegué a primera división? La explicación es sencilla, pese a solo haber sido un jugador promedio de barrio, no fui lo suficientemente tenaz e insistente para intentarlo. Opté por lo más cómodo y sensato, la excusa perfecta, aunque válida a medias; le di prioridad a estudiar y terminar la universidad. Me gradué de médico después de 6 años de carrera. Ahora me pregunto ¿qué diferencia hubiera hecho haberme graduado en 8?. Les confieso que hubiera dado 10 años de vida profesional a cambio de uno jugando fútbol en primera división.

Mi segundo objetivo era ser médico, luego cirujano y después hacer un postgrado fuera de Guatemala. Honestamente, nunca pensé en dedicarme a otra cosa por el resto de mi vida. Cierto que en aquel entonces no existían todas las carreras universitarias que existen ahora, ni los jóvenes basábamos la escogencia en posibilidades de trabajo o éxito económico en el menor tiempo posible. Sin duda, la figura de mi padre médico, sin nunca haberme empujado a estudiar medicina, influenció desde siempre mi decisión. Como los jóvenes de ahora, que ingresan a la facultad de medicina y que he tenido la oportunidad de entrevistar, no solo creía saber porqué quería ser médico, sino también como iba a ejercer la medicina. Afortunadamente, esa visión romántica e idealista de nuestra profesión, pero tan alejada de la realidad, sigue prevaleciendo en los nuevos estudiantes de medicina. Y digo afortunadamente, porqué sino fuera así, muy pocas personas elegirían la medicina como profesión y forma de vida. El deseo de aliviar y curar, sin importar las creencias, la raza, el estrato social y la disponibilidad de recursos, siguen siendo la inspiración y vocación primarias; aún en un mundo materializado y con poco lugar para los sentimientos altruistas. No importa si al final, muchos o la mayoría de médicos se formen y crezcan solo para atender a un segmento de nuestra población o emigren a

otros países en busca de mejores oportunidades de crecimiento económico y académico, tratando de brindar seguridad y estabilidad a sus familias. En Guatemala, en los años 70, los universitarios de entonces, influidos por paradigmas como la revolución cubana, el Che Guevara y la filosofía de la teología de la liberación; creíamos que teníamos la obligación y la oportunidad histórica, de cambiar y mejorar las condiciones de vida de la mayoría de los guatemaltecos. Lamentablemente, la lucha armada como alternativa para lograr esa utopía, solo hizo que se perdieran vidas útiles y valiosas para nuestra sociedad. Sin embargo, esa misma situación nos obligó a reflexionar y cuestionarnos sobre nuestro quehacer como profesionales, en un ambiente distinto al que se vive ahora; aunque la situación del país no haya cambiado significativamente.

Mi vida universitaria fue plena. Después del primer año en los "gallineros" de la ciudad universitaria, donde habíamos más de 80 estudiantes por clase, el 2do y 3r año de la carrera, casi viví en la antigua Facultad de Medicina en la 2da avenida de la zona 1. Con César Keller, mi buen amigo y hermano, estudiábamos juntos en la biblioteca hasta las 8 de la noche, cenábamos cada uno en su casa, para después seguir estudiando hasta las 3 de la mañana. De boquita, los fines de semanas seguíamos estudiando en el Liceo Javier, descansando por ratos jugando frontón. El único tiempo libre era el domingo en la mañana, dedicado al partido de fut de la semana, con nuestro equipo, el Inter. César era el portero y yo jugaba de alero derecho, algo parecido a lo que ahora podría ser un carrilero, pero sin funciones defensivas. En cuarto año entramos al hospital y nuestra vida cambió. César escogió el hospital Roosevelt y yo el Hospital General San Juan de Dios, lo que marcó para siempre nuestra orientación profesional. Mi paso por el hospital, me permitió confirmar la decisión de hacerme cirujano y de ejercer en Guatemala. César se hizo internista, luego neumólogo y ahora vive y ejerce en los Estados Unidos, donde ha hecho una brillante carrera. Antes de graduarme, gané el examen de oposición para optar a una plaza de residente de cirugía en el HGSJD, lo que me permitió, por un lado, lograr mi objetivo de hacerme cirujano y por otro, tener un sueldo fijo para poder casarme. Así que, cerré pensum el 31 de enero, inicié la residencia el 1ro de febrero y me casé el 19 del mismo mes, con terremoto

en medio, el 3 de febrero de 1976. La residencia, el período obligatorio de formación para hacerse especialista en una área de la medicina, fue para mí, sin duda; la mejor etapa de la vida profesional. Tiempo marcado por el descubrimiento de lo que debía y era capaz de hacer, de la búsqueda de modelos a imitar, de largas horas de trabajo y estudio, y de competencia leal y abierta para hacerse un nombre y un lugar en el pequeño y cerrado mundo hospitalario. Época también, de anécdotas y de primeras veces. Como olvidar la primera laparotomía o la primera gastrectomía, la operación, de las grandes, que casi lo coronaba a uno como cirujano.

Una vez terminada mi residencia en el Hospital General San Juan de Dios, del que siempre me sentiré parte, tuve la fortuna de ir a Francia para hacer un postgrado en cirugía gastrointestinal y torácica. El ofrecimiento para optar a ese *stage* en Francia, había sido propuesto inicialmente al Dr Miguel Angel Ponce, entonces jefe de residentes de cirugía, por el Dr Gustavo Santizo Lepe. Sin embargo, el rechazó la oferta, pero sabiendo mi deseo de hacer un postgrado fuera de Guatemala, propuso mi nombre. Así que, gracias a la negativa de Miguel Angel y la aceptación de su propuesta por el Dr Santizo, en menos de 6 meses, me encontraba cruzando el Atlántico rumbo a Estrasburgo en el noreste de Francia. Entonces tenía 3 años de casado, nuestro primer hijo había cumplido apenas un año, y acabábamos de comprar una casa, que teníamos que pagar a mil años plazo. No sabía una palabra de francés, no sabía cuanto me iban a pagar, ni donde y como íbamos a vivir, lo único certero era que teníamos que vender lo poco que teníamos y lanzarnos a la aventura. Que el destino y la fortuna son parte de la vida, me fue probado con creces, pues los 3 años que vivimos en Francia marcaron el curso de nuestro matrimonio, la educación y formación de nuestros hijos, y el desarrollo de mi carrera. Tuve la suerte de desembarcar en un servicio de cirugía gastrointestinal con un jefe ambicioso y poderoso, el Profesor Jacques Grenier, cuyo mayor mérito fue hacer grandes a quienes estuvieron a su cargo, exigiéndoles y presionándolos más allá de sus propias capacidades. El mejor ejemplo de esto es Jacques Marescaux, jefe de residentes entonces, luego Profesor de Cirugía, el más joven nominado en la historia de la cirugía francesa!!, y ahora un icono de la cirugía mundial. El fue el jefe del equipo

que hizo la operación transatlántica "*Lindberg*", por telerrobótica con el Da Vinci, y también el primero en haber practicado en humanos una colecistectomía a través de orificios naturales, bautizada como la operación "*Anubis*". Después de dos años en ese servicio, fui aceptado en el servicio de cirugía torácica del Profesor Witz. Curiosamente, en esa época y en ese servicio se hacía toda la cirugía tiroidea, paratiroidea y esofágica de la región. La cirugía endocrinológica no existía como especialidad, pero el Prof Grenier como visionario, reclutó a quien se perfilaba en ese momento como el primer cirujano francés con dedicación a ese tipo de cirugía, el Profesor Charles Proye. Así que desde su primer visita a Estrasburgo, para operar casos de hiperparatiroidismo primario, tuve la fortuna de conocerlo, hablarle y ser hipnotizado por sus conocimientos, su habilidad quirúrgica, su capacidad de análisis lógico y su fortaleza física para trabajar hasta 14 horas sin interrupción, conservando siempre el mismo entusiasmo y pasión por lo que hacía. Después de su tercera visita, incluso hablamos de su viaje por el estrecho de Magallanes siguiendo ballenas y de su sueño de ir a bucear en medio de los tiburones en el la gran barrera de coral en Australia. Algunos años más tarde me regalo una foto al lado de un inmenso tiburón en la gran barrera de coral, como testimonio de que lo había logrado. Haber conocido a este gran hombre, en el sentido integral de la palabra, me abrió las puertas de acceso a una especialidad que daba sus primeros pasos. Después tuve la oportunidad de invitarlo a Guatemala a dar unas conferencias. Aquí lo presenté con el Dr Minondo, con quien compartían intereses comunes. A ambos los considero mis padres intelectuales y a quienes debo agradecer mi interés y dedicación a la endocrinología quirúrgica. El Profesor Proye murió hace 1 año, pero nadie pone en tela de duda que la expansión y el crecimiento de la especialidad en Francia, en Europa y en el resto del mundo, se debe a su dedicación y esfuerzo, junto con sus buenos amigos: Norman Thompson, Jhon VanHeerden, Orlo Clarck y Malcolm Weehler. Todos ellos padres de la endocrinología quirúrgica en sus respectivos países.

La pregunta obligada es si profesionalmente logré lo que esperaba. Si me sintiera satisfecho y con el convencimiento de haber logrado lo que deseaba, mi vida como cirujano ya no tendría

sentido. Sigo pensando que aún tengo mucho por hacer y algunos años para ejercer con capacidades físicas y mentales plenas, esforzándome por no olvidar, que la vida media de los cirujanos es más corta que la de otros especialistas de la medicina. Probablemente la mejor respuesta a esta interrogante será la calificación que me otorguen mis maestros aún vivos, mis colegas contemporáneos, los más jóvenes y mis estudiantes al final de mi vida profesional.

Mi tercer propósito, era encontrar una pareja con la cual compartir sueños e ilusiones, porque entonces, aparte de eso, no tenía nada que ofrecer. Tuve la suerte de encontrarme con Coralia. No la conocía, no sabía que existía, jamás la había visto, nunca fuimos presentados y sin embargo; después de conocerla circunstancialmente un 23 de diciembre, principiamos a salir juntos. Conseguirla fue todo un reto, desde que la vi me pareció una mujer, aunque apenas tenía 18 años, era atractiva, coqueta, habladora, pero sobre todo, increíblemente segura de si misma. Nuestro noviazgo, tuvo de todo, ansiados y esperados cortos períodos de tiempo juntos, largos períodos de ausencia y lejanía, acaloradas discusiones por hacer prevalecer la opinión de cada uno y la creencia de que para construir nuestro futuro, solo era posible de acuerdo a la visión particular de uno de los dos. En contra de lo que parecía una mezcla imposible, como el agua y el aceite, y bajo el presagio de durar poco, decidimos casarnos. Tenemos más de 30 años casados y las diferencias se diluyeron en el camino; ahora pensamos y hablamos igual, nuestra concepción de la vida es la misma y nuestros sueños e ilusiones se resumen en que nuestros hijos sean felices y puedan lograr sus propios sueños e ilusiones.

El orden en que listé y fui describiendo mis sueños e ilusiones obedece y es fiel a mi pensamiento de aquel entonces. Además, todo está concebido en primera persona, como que si todo lo importante en la vida se circunscribiera a los logros personales. Ahora, en este momento, me parece que el mayor logro ha sido construir una familia. Sin un núcleo familiar propio, con quienes compartir errores y decepciones, pero también aciertos y logros, nada de lo que he logrado hacer tendría sentido. Igualmente, el final de la actividad profesional, sin la compañía de la mujer con la que se compartió la vida, los hijos y nietos (aún por venir), significaría el vacío y la muerte sin haber dejado huella. ■